

La estatua en ruinas de Cristóbal Colón: el origen de la ficción o la ficción del origen

Teresa Peña Jordán
San Juan, Puerto Rico

“[L]a verdad definitiva tiene que ver con las ruinas. No hay un antídoto mejor para las ambiciosas falacias construidas por el mito, los sueños, los deseos y la fantasmagoría urbana que contemplar sus ruinosos resultados”. Joseba Zulaika¹

“Se alza la cortina sobre el desenlace. Hora de la verdad, que es hora de recuento. Pero no habrá recuento. Sólo diré lo que, acerca de mí, pueda quedar escrito en piedra mármol”. Alejo Carpentier. *El arpa y la sombra*.

Cuando hace ya varios años, la Compañía de Turismo de Puerto Rico renombró al área oeste de la Isla con el nombre de “Porta del Sol” (y le otorgó su correspondiente slogan, “para una vacación llena de sol y diversión”) jamás nos imaginamos que como parte de su proyecto económico y cultural para la región se incluiría la edificación de una estatua de 350 pies de altura del almirante genovés, Cristóbal Colón. De momento, el nombre italianizante para la zona parecería cobrar mayor sentido. Cristóbal Colón era italiano, defenderán algunos con renovada claridad. Además, podrán sugerir otros, no hay mejor lugar para edificar la grandiosa estatua que en un lugar denominado “Porta del Sol”, aludiendo así al carácter visionario del Almirante quien llevó la luz a esa otra parte del mundo que yacía en las tinieblas del salvajismo y la idolatría. Tal vez, sin embargo, haya otros que por aquello de no caer en ingenuos fanatismos e insensateces, se apresuren en responder: el nuevo nombre de la región no tiene nada que ver con la edificación de la estatua, eso fue pura casualidad; ambos son sólo parte de una nueva estrategia para fomentar la economía del área oeste del país.

Fue precisamente por el área oeste de la Isla- el lugar exacto es aún asunto de debate- que Colón arribó a las playas de Borikén en 1493. Dicho accidente histórico

es suficiente para que algunos líderes políticos, como el alcalde del municipio de Aguada, afirmen que allí es donde “la estatua de Colón tiene que estar (para que abone al desarrollo económico y turístico de la región)”.² Pues inicialmente la estatua del escultor ruso Zurab Tsereteli fue adquirida en 1997 por iniciativa del alcalde del pueblo de Cataño, quien deseaba erigirla en su municipio norteño, aledaño a San Juan. Pero tras perder su escaño político y haber sido incapaz de conseguir el apoyo y los permisos necesarios, aún afirmaba diez años después que aspiraría de nuevo a la silla municipal para poder cumplir su sueño. “Yo tengo un sueño. –nos dice. No es un sueño mío ni capricho mío, [que] es levantar el monumento del Quinto Centenario de Cristóbal Colón”.³ En otras palabras, el sueño aludido por el ex–alcalde, mejor conocido como “el Amolao”, no es sino el sueño de un mítico Cristóbal Colón y de toda una colectividad que con este mito fundacional aún parece identificarse.

Pero en la espera, la estatua desmembrada de Colón, que yacía abandonada en el parque “La esperanza” de Cataño, comenzó a arruinarse. No obstante, poco tiempo después, las piezas de la estatua fueron adquiridas y trasladadas a Mayagüez por la compañía de puertos Holland Group, Inc. El 11 de mayo de 2007, dicho consorcio holandés dio comienzo a un contrato por treinta años para administrar y desarrollar un nuevo proyecto portuario para la zona oeste. Su plan maestro no sólo incluye el arreglo y la edificación de la estatua, sino también la futura creación de una nueva ruta de cruceros, y la conformación de un vasto puerto industrial similar al desarrollado por la misma compañía en Rotterdam.⁴

De este modo, la futura estatua remendada, se convierte en la punta de lanza de un nuevo proyecto multimillonario.⁵ No sólo sería la más inmediata atracción turística para los 500,000 visitantes que los desarrolladores auguran visitarían el puerto cada año, sino también, y no menos importante para algunos, ésta serviría para conmemorar los Juegos Centroamericanos y del Caribe que se celebrarán en Mayagüez en el 2010, marcando “un nuevo comienzo” para la ciudad; ahora, propiamente, del siglo XXI.⁶ ¿Pero es, verdaderamente, un “nuevo comienzo” para Centroamérica y el Caribe? ¿Puede una nueva estatua de Colón abrir el paso hacia una visión diferente y novedosa del mundo en este nuevo milenio?

A mi entender, los defensores del proyecto portuario no están tan lejos del afán de poder y riquezas que motivara a los viajes patrocinados por los Reyes Católicos en primer lugar. Salvaguardando las obvias diferencias que separan a la

mentalidad inquisitorial y esclavista de la monarquía española del aparente pragmatismo economicista que impulsa al proyecto empresarial actual, estos últimos promotores de viajes, coinciden en el manejo de la cultura colonial, como herramienta clave para legitimar sus propios proyectos de expansión y desarrollo del capital. Pues, tal como se establece en un artículo aparecido en *El Nuevo Día*, el 18 de agosto de 2008: “La estatua además constituye el eje central de una propuesta cultural para la región oeste. En este momento, se considera la posibilidad de establecer un museo de historia y una línea de cruceros que viaje hasta Sevilla en España, donde se erige otra pieza de Tsereteli conocida como El Huevo de Colón, (reveló Sarimila Méndez). Ambas piezas forman parte de una serie. La escultura en Sevilla simboliza el nacimiento de un nuevo hombre y la pieza en Puerto Rico representa el nacimiento de un mundo nuevo, (explicó Madoff en entrevista desde Nueva York)”. Como vemos, la propuesta culturalista utilizada para legitimar el proyecto empresarial del siglo XXI, con el apoyo pleno de las autoridades municipales, no hace sino dar continuidad a una visión mítica y apologética de la conquista y la colonización, construida en base al olvido y la invisibilización de las ruinas materiales e inmateriales por ella misma producidas.

En su libro *La conquista de América: el problema del Otro*, el recién galardonado con el Premio Príncipe de Asturias para las Ciencias Sociales 2008, Tzevan Todorov, explica los verdaderos intereses que motivaran los viajes del navegante genovés: “En realidad Colón tiene un proyecto más preciso que la exaltación del Evangelio en el universo, y tanto la existencia como la permanencia de este proyecto son reveladores de su mentalidad: como un Quijote con varios siglos de atraso en relación con su época, Colón quisiera ir a las Cruzadas a liberar a Jerusalén. Sólo que la idea es absurda en su época, y como por otra parte no tiene dinero, nadie quiere escucharlo. ¿Cómo podía realizar su sueño, en el siglo XV, un hombre sin recursos y que quisiera lanzar una cruzada? Es tan sencillo como el huevo de Colón: no hay más que descubrir América para conseguir los fondos necesarios... O más bien, ir a China por el camino occidental “directo”, puesto que Marco Polo y otros escritores medievales han afirmado que el oro “nace” ahí en abundancia”.⁷ Como vemos, al impulsar sus múltiples viajes, Colón ya tenía conformado un sueño de conquista y reconquista. Su visión imaginaria, antecede y sucede a sus propios hallazgos, por lo cual al llegar a los territorios por él desconocidos, no hace sino

confirmarla. En dicho proceso, Colón activa y transitivamente *desconoce* las nuevas realidades ante él desplegadas, imponiendo sobre ellas su propia visión del mundo.

De este modo se puede explicar la supuesta ingenuidad de Colón quien, entre otros de sus muchos “errores”, jamás reconoció que las islas y tierras por él descubiertas fueran parte de un continente distinto al asiático. Esta singular falta de reconocimiento cartográfico y etnográfico le costó- se estima- el que el continente recién descubierto por los reinos europeos (que lo desconocían) no se llamase Colomba, u otra derivación de su patronímico como Bartolomé de las Casas lamentase, y se pasase a llamar América, en honor al navegante Américo Vesputio. Pues fue este último- y no Colón- el que en una carta titulada *Mundus Novus*, según la primera edición latina de 1504, estableciera: “Es lícito llamarlo nuevo mundo [*novum mundum*]. Ninguna de estas regiones fueron conocidas por nuestros antecesores, y para todos lo que se enteren será algo novísimo [...] pues he encontrado un continente en esa parte meridional, más poblado y lleno de animales que Europa, Asia o África”.⁸

En cualquier caso, lo cierto es que aún reconociendo que existía un continente, donde antes se presumía, había sólo agua, Américo Vesputio, al igual que su antecesor, *desconoció* y negó la diversidad de culturas que habitaban dichos territorios, sintiéndose con el derecho y la potestad de denominar como Nuevo, un continente poblado de historias tan antiguas como las del, ahora también falsamente renombrado, Viejo Mundo. Lo mismo ocurrió con los habitantes de estas partes del planeta, aglomerados sin distinción bajo un mismo nombre y una misma sinrazón.

Indios, americanos, salvajes o caníbales, cualquiera de estos calificativos marca la violencia con que los colonizadores nombraron, agruparon y calificaron al Otro no europeo ni cristiano, que debía, por pleno derecho divino, ser por ellos dominado. Dicha violencia, sin embargo, no es sólo nominal. El propio Colón, en su segundo viaje a las Islas, y dos meses después del “descubrimiento” de Puerto Rico, le pide al alcalde de La Isabela, Antonio Torres, que se dirija a los Reyes Católicos para que autoricen la trata de esclavos indígenas: “Ítem diréis a Sus Altezas que, a cabsa que acá non ay lengua por medio de la cual a esta gente se pueda da a entender en nuestra santa fe [...] se enbía de presente con estos navíos así de los caníbales, ombres e mujeres e niños e niñas, los cuales Sus Altezas pueden mandar poner en poder de personas con quien puedan aprender la lengua, exercitándoles en cosas de servicio, e

poco a poco mandando poner en ellos algún más cuidado que en otros esclavos, para que deprendan unos apartados de otros, que no se fablen ni se vean sino muy tarde, que más prefetamente deprenderán allá que non acá...”.⁹ Y más adelante añade, “Sus Altezas podrán dar licencia e permiso a un número de carabelas suficiente que vengan acá cada año, e trayan de los dichos ganados e otros mantenimientos e cosas de poblar e campo e aprovechar la tierra, y esto en precios razonables a sus costas de los que les truxieren, las cuales cosas se les podrían pagar en esclavos déstos canibales, gente tan fiera e dispuesta e bien proporcionada e de muy bien entendimiento, los cuales quitados de aquella inhumanidad creemos que serán mejores que otros ningunos esclavos”.¹⁰

Como vemos, y como bien lo ha establecido el estudioso puertorriqueño Luis Rivera Pagán en su libro *Entre el oro y la fe: el dilema de América*: “Descubrir y tomar posesión se convierten en actos concurrentes. La historiografía tradicional destaca lo acontecido el 12 de octubre de 1492 como un *descubrimiento*, eludiendo lo central en él. El encuentro entre europeos y nativos americanos es, en realidad, un ejercicio de *poder*. Es un evento en que los primeros se *a-poder-an* de los segundos, sus tierras y personas”(9). Conmemorar, por consiguiente, ya en el siglo XXI, el “nacimiento de un Nuevo Mundo” de forma absoluta y celebratoria, sin reconocer que dicho mal llamado “nacimiento” surgió de la destrucción cultural, la esclavitud indígena y africana, la intolerancia religiosa, y el genocidio es muestra de un heredado y anacrónico etnocentrismo.¹¹

Es posible que la iniciativa de crear un “museo de historia” que acompañe a la estatua de Cristóbal Colón en su futuro asentamiento isleño sirva para mostrarle al visitante la complejidad de un evento cuyas consecuencias históricas son innegables y jamás deben ser olvidadas. No sólo nuestra isla, sino el mundo en su totalidad se transformó con el descubrimiento, la conquista y la colonización de América. El sistema mundial moderno así como la historia misma de nuestras ideas como puertorriqueños están indeleblemente marcados por esta experiencia colonial. Tal vez, a través de la labor informativa y crítica de un museo abierto e interactivo, se pueda estudiar la construcción misma de dicho acontecimiento histórico y se pueda intentar ilustrar y dar voz a las múltiples historias de dominación, y olvidadas resistencias, surgidas a raíz de tan monumental suceso.

Dice un tropo común, aunque comúnmente olvidado, que la historia la escribe el vencedor. Dicha tesis establece que toda historia es una construcción, y como tal, fuera de ella quedan historias desechadas y eliminadas como escombros. De este modo, la memoria de sus fundamentos queda rota y lo que no dice el monumento, queda silenciado. No obstante, es posible rastrear estas historias, buscar sus trozos y reconstruir con ellos una historia vista desde abajo; es decir, desde aquéllos cuyos relatos y experiencias han sido descartados o destruidos por la historiografía oficial edificada por los intereses en el poder. Por consiguiente, dichas *historias desde abajo* pueden surgir a partir de las ausencias y los rechazos, de los olvidos y los silencios. Pero también, a partir de las fisuras, las tachaduras, los entuertos y los remiendos. Pues cada historia erigida contiene en sí misma esas otras historias no dichas o silenciadas. Las contiene desde su inicio; ya sea como destrucción de lo existente o como su constante negación. Pues, no sólo se ignora aquello que desconocemos, sino aquello que estamos acondicionados a no ver.

Como mencionáramos anteriormente, las 2,780 piezas de la estatua desmembrada del Colón de Tsereteli estuvieron diez años a la intemperie en el Parque Recreativo La Esperanza de Cataño. Allí, las inclemencias del tiempo dotaron a la estatua de una historicidad que las nuevas piezas aparentaban aún no tener. Cynthia López Cabán, reportera de *El Nuevo Día*, así lo explica: “En ‘el pueblo olvidado’, como se le conoce a este ayuntamiento, el enorme inquilino pernoctó a la intemperie. El salitre de la playa cercana salpicó sus partes. Bejucos y abejas también poblaron el cuerpo de la estatua durante las sobre 3,650 noches que permaneció tirada en el suelo”.¹² Como resultado, muchas de las piezas de la estatua se dañaron, y por el momento, a pesar de su traslado, la estatua fragmentada yace en ruinas en las costas mayagüezanas de Porta del Sol. Qué mejor comienzo para relatar una historia digna de los mejores novelistas latinoamericanos de este largo siglo XX, ¿no les parece?

En su libro *Mitos y Archivos* (1990), Roberto González Echevarría analiza la manera en que la narrativa latinoamericana moderna, por él definida como aquella que surge a partir de La Primera Guerra Mundial, imita el lenguaje de la autoridad constituido por el discurso legal del Imperio español del siglo XVI. Sin embargo, e informada a su vez por el discurso antropológico moderno, esta nueva novela latinoamericana establece la literariedad de dichos discursos, asumiéndose a sí misma como imitadora de una narrativa jurídica fundacional que ha sido mítica desde sus

orígenes. Al reconocer el carácter mítico de las historias fundacionales imitadas, dichas “ficciones de archivo”, como las denomina el autor, revelan la ficción de sus propios orígenes. Dotados de moderna auto-reflexividad, y conscientes herederos de una historia que construye a la vez que destruye, los personajes de estas novelas narran desde las fisuras, desde los espacios en blanco de la ficción mítica original. “Son ruinas desde el origen”, nos dice González Echevarría, “como los edificios derruidos de las ficciones de Carpentier o el Palacio de Justicia de *Crónica de una muerte anunciada*”¹³.

Podríamos pensar que la nueva historicidad de la estatua desmembrada de Colón en Puerto Rico es sólo el efecto de la ineficacia provocada por la burocracia estatal o por las fuerzas de la naturaleza tropical. Podemos sin embargo, aprovechar esta sabiduría aparentemente accidental, y con una conciencia autorreflexiva y crítica (como la de los celebrados escritores latinoamericanos) asumir la arruinada y desmembrada estatua como propia, reconociendo así el origen de su ficción y revelando, a su vez, la ficción de nuestros propios orígenes. Pues es sólo a través del reconocimiento y el análisis de las ruinas creadas que se puede abrir una nueva puerta hacia la reflexión, y hacia el desmantelamiento de los mitos que sobre éstas se intentan reedificar. De este modo, la estatua de Colón podría convertirse desde sus comienzos en una estatua-ruina. Tal vez caminando entre las múltiples piezas de su fragmentada estatua cada visitante podrá imaginar el principio (o el final) de una nueva historia, aún por escribirse.

NOTAS

¹ Zulaika, Joseba. “Las ruinas de la teoría y la teoría de las ruinas: sobre la conversión”. *Revista de Antropología Social*, 2006, 15 173-192.

² “Reparan escultura de Cristóbal Colón en Puerto Rico. Retomado de *El Universal de México*.

<http://foro.univision.com/univision/board/message?board.id=mariaelenasalinas&message.id=19855>

³ “Vuelve al ruedo bajo insignia PNP”. Primera hora. 14 de marzo de 2007. http://www.primerahora.com/noticia/politica/noticias/vuelve_al_ruedo_bajo_insignia_pnp/35644

⁴ “Mayaguez selects Holland Group to redevelop and operate port”. Provided by the *Caribbean Business News Archive*. July 14, 2005. http://www.pridco.com/english/media_center/art_view.php?art_id=590&retp=3

⁵ “Holland Group takes-over Puerto Rican port”, <http://www.portworld.com/news/2007/08/68901>

⁶ *The San Juan Star*. “Maligned Columbus statue moves to Mayagüez”. August 2008.

⁷ Todorov, Tzevan. *La conquista de América: el problema del Otro*. Argentina: Siglo veintiuno editores, 2003 (1982), 21.

⁸ Rivera Pagán, 7-8.

⁹ Cristóbal Colón. *Diario. Relaciones de viaje*. Madrid: Salpe, 1985, 175.

¹⁰ Cristóbal Colón. *Diario. Relaciones de viaje*. Madrid: Salpe, 1985, 177.

¹¹ La idea central de esta frase es reelaborada a partir de las siguientes afirmaciones de Rivera Pagán, “Las naves que llegaron, el 12 de octubre de 1492, a Guanahaní no encontraron una isla desierta. Seguir hablando de descubrimiento, en sentido absoluto y trascendental, supondría la inexistencia previa de historia humana y cultural en las tierras encontradas. Algo absurdo y revelador de arraigado y anacrónico etnocentrismo” 6.

¹² Cynthia López Cabán. “Descansa tranquilo el navegante genovés”. *El Nuevo Día*. 10/18/2008.

¹³ González Echevarría, Roberto. *Myth and Archives: A theory of Latin American Narrative*. Cambridge University Press, 1990, 184.